

Donde se suicidan las moscas

Amir Abdala

Abdala, Amir

Donde se suicidan las moscas / Amir Abdala. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Frenéticos Danzantes , 2022.

66 p. ; 18 x 12 cm.

ISBN 978-987-45850-8-0

1. Poesía Argentina. I. Título.
CDD A861

Donde se suicidan las moscas Amir Abdala

Ediciones Frenéticxs Danzantes

Arte de tapa: Marina Klein

Primera edición Junio de 2022

Impreso en Ediciones Frenéticxs Danzantes

en Av. Scalabrini Ortiz 41

3° C (1414) CABA -Talleres propios -

Impreso en Argentina.

“Bajo las matas
En los pajonales
Sobre los puentes
En los canales
Hay cadáveres”.

Néstor Perlongher.
Cadáveres.

*Cuando la idea de la vida
aún no era una idea en nosotros.*

A mis hermanas;
especialmente.

EL PINTOR DE LAS CENIZAS

No encuentro
a mi ángel de la guarda.
Pienso que tal vez
se escondió en un culto
o lo secuestraron los satanistas
o aquellos desvalidos
que lo necesitan más que yo.
Me acordé tarde:
fuera de hora,
pero no de lugar.
Hacía tiempo
que una voz se filtraba
como agua en inundación
por mi oído y caía,
también como agua,
hasta dar con lo más
preciado de mí:
la sensación de sentirme
ausente, ajeno.
Todo pasó muy despacio.

sobre los cerámicos
sórdidos, infectos
en un primer piso saturado
de ratas y cucarachas y bichos.
El silencio,
 más que atroz,
luminoso y caótico
no escapaba a la sentencia
de los electroshocks,
jeringazos y fármacos diarios
que suplicaban,
cuales Dráculas sediciosos,
una copita de sangre
 y de rancia cordura.
Nada de lo vivido
pretendía ser relativo
o, en el peor de los casos,
 humano.
Todo estaba previsto.
No había modo
de caer en gracia.
¡Nos detestaban!
Éramos el experimento,

el descarte, la falla.
Las intenciones nunca
afirmaban bondad.
Las veces que los enfermeros
se acercaban
traían malas noticias;
y si alguno de nosotros
se resistía
porque le quedaba
una pizca de dignidad,
la picana no tardaba
en salirse de control.
Yo me tapaba los oídos.
La vocecita de mi mente
me incitaba a correr,
a lastimar, a abandonar
lo poco que quedaba de mí
enfrentando la crueldad
con la que nos castigaban.
Pero no. No pude
confundir estupidez
con valentía.
Hasta entonces,

yo estaba solo,
y ellos no.
Así que continué en la rutina,
flotando y magueando puchos,
chicles, chupetines
y toda la porquería
que se me antojara.
Los enfermeros me decían:
“El pintor de las cenizas”.
Nunca entendí semejante idea,
semejante concepción del arte,
cuando esos ingratos
sólo sabían sabotearnos,
insultarnos y cagarnos a trompadas.
¡Qué sufrimiento!

Ardíamos...

La alegría se hallaba en el detalle,
en la mueca sincera,
en el gesto de cuando alguno
paraba la pata o le explotaba
el corazón por la cantidad
exagerada de veneno
que nos corría a raudales

por las podridas venas.
Todos éramos el muerto,
el fallecido, la víctima;
jamás ninguno de los tantos
dijo que quería estar con *los otros*.
Nunca. Nunca jamás
se escuchó tal falacia.
Y de nuevo, cuando al difunto
lo sacaban con el cuerpo tapado
y la cara descubierta
yo, desesperado, miraba
 para lo oscuro,
allá atrás, donde estaba
el álamo llamado Carolina
envuelto en las hojas malvas,
y frenético me anudaba
la sogá al cuello
y saludaba a los demás locos,
compañeros fieles y locos,
los del sindicato del “Si no tenés
no importa, yo te convido”,
y saltaba los cinco metros
hasta el suelo de tierra

y me quedaba así,
pendiente,
suspendido,
tranquilo,
como el péndulo
de un reloj descompuesto,
mientras los locos
del otro lado de la ventana
desempañaban el vidrio
y espiaban a través de las gotitas
salpicadas por la lluvia
cual caleidoscopio,
cual hambriento detrás
de una vidriera de restorán,
para cerciorarse de
si yo lo había conseguido,
si yo había cumplido mi promesa,
esa promesa que les contaba
de mi ángel de la guarda
desaparecido
cuando yo era un gurisito,
un changuito, un pibito
como cualquiera

hasta que un hijo de puta
machacó a piñas a mi vieja
para educarme,
para que aprendiera la lección
de que el hombre manda en la casa,
aunque no fuera suya, y bueno...
Ustedes ya saben,
como los locos o como yo acá
que estoy o que creía estar
actuando mi despedida
de esta inmundicia de mundo,
hasta que uno de los enfermeros
-el más inflado y soberbio-
me bajó a palazos,
y retumbé en el barro
y los locos compañeros del sindicato
aplaudían, gritaban,
silbaban, festejaban,
¡claro que festejaban!,
porque mi alma en lo alto
del álamo llamado Carolina
flotaba, livianita flotaba,
con un pucho en la boca,

al lado de mi ángel de la guarda,
resoplando el humo
y pintando de cenizas
las hojas malvas
que tanto
 echaré de menos.

CUANDO EL LLANTO APARECE PORQUE SÍ

Me quedé sin lágrimas.
No, mejor dicho:
se me secaron las lágrimas.
De un día para otro,
así como el viento
que a veces calienta
y otras veces refresca,
me sentí abandonado,
perdido de mí mismo.
Mis gustos se apagaron
y mis ganas de seguir
desaparecieron en ningún lugar.
Dejé de interesarme.
Algo se iba, se despedía,
me decía adiós,
 hasta siempre,
como un globo negro
que se escapa de su atadura
hacia el cielo claro y profundo.

Los minutos, insignificantes,
no eran más que minutos.
Estaba solo, absolutamente.
Había elegido,
 tanto pasado atrás,
apartarme.
No supe, en aquel instante,
ver ni mucho menos pensar
en la fosa que me cavaba.
Las dificultades aparecieron,
determinantes,
sin que las llamara
o las buscara.
Primero fue un trago,
siguió una copa
y terminó en una botella;
 de muchas.
Los días sucedían para otros,
nunca para mí.
Después descarté
el poco capital que tenía
y empecé a dibujar laberintos
de merca sobre un plato negro.

Sin más, me reduje a eso,
a esa acción en la terrible
oscuridad de no entender
si era de mañana,
de tarde
o de noche.

Mientras tanto, la vida
seguía para otros.
En cambio, para mí,
nada de teléfono,
redes sociales
ni comunicación alguna.
Me había convertido
en un jilguero sonámbulo,
sin canto,
mudo.

Daba lo mismo:
nadie me pensaba,
porque yo no existía;
ni siquiera para mi vecino,
el transa que,
con dos golpecitos en la pared,
también me vendía whisky,

a jugar al juego de la copa
o a tirar con el aire comprimido.
Daba igual. Todo daba
putamente igual.
Mis manos olían a vómito,
mi boca olía a vómito,
mi vida entera olía a vómito.
Con constancia, me engañaba.
Intentaba convencerme
de que no había sido mi error
el que la dejó tirarse
y contar nueve pisos en picada.
Hice lo que pude,
pero tampoco alcanzó.
Tenía que haber algo,
algo más, como una pista,
como una cuenta, como una
frase que me avisara,
que me advirtiera.
Pero no. Nada había.
Sólo vacío y silencio.
Un liso y llano silencio
que no supe cómo esquivar

para frenarla,
para decirle
que no valía la pena,
que esa no era la manera
de olvidar la bosta que masticábamos,
o el precio que pagábamos
por estar vivos y juntos.
Pero no. Eran meras excusas.
Aunque estuviéramos
vivos y juntos,
jamás lograríamos estar cerca.
Y cuando se nos fue el hijo,
ella lo siguió
y yo, infeliz,
grandísimo infeliz,
me encerré en la oscuridad
e hice lo que describí
hasta que un día cualquiera
me acordé -no sé por qué-
de la triste historia
de la *Muchacha Punk*
de Fogwill
y lloré, lloré desconsolado

por la falta de costumbre,
atiné
a cerrar los ojos
y esperar,
sólo esperar.

LOS REPTILES INFIELES

Los reptiles infieles
suben y caen de las camas,
de los colchones en el piso,
de cualquier lugar
que la naturaleza
de su salvajismo
les permita arrastrar las heridas
o reabrir las cicatrices.
Entonces, cual cuentito infantil,
la sirvienta abandona
al príncipe que la rescató
y algunas noches a la semana
regresa al resumidero
del que fue parte,
sólo para experimentar
lo que no olvidó
ni cambió.
Tramposa en las metáforas,
la tristeza
nos cruza con los ojos

todavía cuelga del fino tobillo.

Los reptiles infieles se ríen,

pero no saben de qué.

Afuera, como es habitual,

pasan cosas;

las mismas cosas de siempre:

el mundo se amenaza, se insulta,

se ataca para sentirse a gusto

y protegido.

La caja boba

en ese primer round de amor

resplandece y cuenta lo genio

que fue Kurt Cobain y claro

se saltea la obra artística

y resalta su famoso escopetazo.

Los reptiles infieles miran

como si les interesara algo

de lo que dice el presentador,

pero en verdad no se interesan

más que por ellos mismos,

tantos años después

venir a encontrarse,

venir a suplicarse

que alguien los toque
de una manera distinta,
diferente al bodrio bíblico
del amor para toda la vida,
de la salud y la enfermedad
para toda la vida,
de... ¡A la mierda con la vida!
Ni más ni menos.
Los reptiles infieles se besan
creyendo que son la dosis justa,
y se amoldan igual que
el fuego a la madera.
Sin dejar pasar otro minuto,
el reptil macho se acelera y contagia:
bronca,
deseo,
placer
sobre la reptil hembra.
Y el juego empieza,
nuevamente empieza;
pero esta vez son suaves, casi seguros.
Se gustan, se reconocen, se confiesan.
Todo está bien; muy bien.

Incluso la 22 corta, cromada,
que descansa encima
de la caja con empanadas.
Sí, la vuelta tuvo ese condimento:
los reptiles infieles se encontraron,
reptaron hasta una esquina en penumbras,
se escondieron y, cuando
la oportunidad se presentó,
le dieron caza al pibe-presa del delivery
y se llevaron la caja con empanadas
que aún no probaron, porque
sus instintos estaban apurados,
ansiosos, acelerados por la excitación
y la primera impresión

después de tanto.

Afuera,

además de las mismas cosas de siempre,

llueve.

El agua entra y moja lo que puede.

Los reptiles infieles se empanan.

Las risas son de alegría, de felicidad;

las risas son de ese tipo de risas

que te hacen llorar despacito,

lágrima a lágrima,
mientras te servís un trago y mirás
lo que viviste, el pasado que ya no está
y que ni siquiera tiene
la intención de volver.

Los reptiles infieles se separan
y entienden que no hay alternativa.
Las gotas golpean el filo de la ventana,
se parten
y salpican.

La caja boba
en ese segundo round de amor
resplandece y cuenta que Carlos Monzón
es, fue y será
un femicida,
además de
campeón histórico.

Los reptiles infieles se visten
y sus escamas brillan, como pulidas
en la madrugada por algún cuidador
o fanático acérrimo de los que se arrastran
y suben y caen de las camas,

NADIE MIENTE MÁS QUE LA VERDAD

Las probabilidades disminuyen:
anhelo lo que tuve,
lo que no disfruté.
Todo fue en vano, incluso
las victorias
que me deparó el infortunio.
La última vez que prometí algo,
caminé desde Rosario a Luján.
No me acuerdo cuántos días tardé.
Da lo mismo.

En verdad, me daba lo mismo.
Yo sólo quería saldar una deuda moral
-la peor deuda de todas-,
aunque mi rezo
no haya sido suficiente.
Tal vez me faltó fuerza
o sentimiento en las plegarias.
No lo sé.
Yo miraba la estampita de la virgen

(recuerdo como si lo estuviese haciendo),
y la imagen de mi hija recién nacida
se confundía con la imagen
de mi esposa

recién muerta.

No. No resistió al parto.

Se pasaron de anestesia
o era cesárea en vez de natural.

Da lo mismo. No me acuerdo.

Nunca la pude tocar viva, a mi hija, digo.

A través de un vidrio, la veía entubada
y compartiendo, como si fuese un maternal
del futuro,

con cientos de bebés todos iguales,
encapsulados en incubadoras,
con sondas, aparatos respiratorios

y no sé qué más.

Ahí fue cuando hice la promesa.

No habían pasado unas pocas horas

que la virgen le avisó al médico

y el médico me avisó a mí

de que la nena -aún no tenía nombre-
estaba fuera de peligro.

Alivio.

Respiré aliviado.

Hacía rato que yo
no conseguía trabajo y creo
que esa circunstancia fue provechosa.
Con el tiempo, a pesar
de la carga emocional,
me percaté de que lo que yo
consideraba provechoso
era miedo.

Pero no un miedo definido y único.
Era un miedo que aún carece de argumentos.
Los puñados de horas siguieron su curso.
Yo estaba muy abajo, en el fondo,
y mi hija,
muerta.

Tan chiquita, tan falta de experiencia,
y ya sabía más de la vida que yo.
De Rosario a Luján, caminé.
No esperé ninguna peregrinación
ni hecho ni fecha de Santo Patrón
para saldar mi deuda moral
-la peor deuda de todas-.

La ruta 9 fue mi guía.
Pensé mucho, tanto
que preferí dejar de hacerlo.
Pero ese también
era un milagro imposible.
Tenía una mochila repleta de manzanas
y dos botellas con agua
y tres petacas de coñac sabor chocolate.
Me moví despacio, tan despacio
que cuando me di cuenta
una sombra, en el umbral
de la Basílica,
me despedía
con la mano en alto,
contenta de haberme visto,
como si yo le hubiese contado
la noticia más alegre del mundo.
¿Qué hice, o dije?
Mis ojos irritados,
mi cuerpo agotado y tembloroso,
mis bolsillos vacíos
y mi espalda sin peso
me sentaron bajo este árbol

-como mi hija, sin nombre-,
a descansar
 lo andado,
 lo habitado,
lo inesperado.
Contribuir al dolor con explicaciones:
¡qué idiotez, qué desventaja!
Las probabilidades disminuyen,
aun en este instante parco:
anhelo lo que tuve,
 lo que no disfruté.
A la verdad, ya la conocía.
Ahora, si tengo que elegir
o se me permite ese derecho,
prefiero creer en la ilusión
 de una mentira,
ya que entendí
que nadie miente,
ni en la peor de las tormentas,
más que la verdad.

NO VEO. NO LE CUENTES A PAPÁ

I

La tarde lejana y ciega

cede su espacio

a la entrante noche.

Atravieso las calles

y hago equilibrio

sobre los cordones

que aún no fueron destrozados.

Ese equilibrismo me turba:

parece hoy la también

lejana y ciega tarde

en la que mi hermana mayor

pisó mal y se resbaló

de la cuerda donde emulaba,

orgullosa y soberbia,

a Philippe Petit.

La colchoneta no alcanzó,

no fue suficiente, no cumplió.

Recuerdo que tuvo el valor

-con su último aliento-

para decirme:

-No veo. No le cuentes a papá.

Yo, siendo un niño, comprendí
que papá -para ella- era mamá,
la contorsionista y atracción
del circo en el que vivíamos.

Para nosotros, mamá
representaba lo absoluto.

La carrera artística
de mi hermana mayor

fue corta.

Algunas veces la aplaudían y otras,
por falta de público, la aclamaban
con hurras y bravos y qué espectáculo.
El silencio reinó en todo su esplendor.

El duelo fue largo, tan largo
que en una tarde
lejana y ciega

mi madre se envenenó
y tuve que continuar
con el legado,

con la pena, quiero decir.

¿A quién culpar?
Aprendí a soñar
lo ejecutado por otros,
por desconocidos, por terceros.
A mí me dolía todo.

Estaba molido.

No me interesaba que el frío,
que el hielo, que la nieve,
me cortaran los dedos,
la cabeza o

las piernas. No.

Uno se levanta como puede.
El circo rodó por varias décadas más.
Me convertí en un trapequista destacado
que volaba de punta a punta
haciendo poesías en el aire.
Pero, definitivamente,
no era feliz.

Una tarde lejana y ciega,
similar a la de hoy,
a la de ahora,
a la de este instante,
cediéndole su paso

a la entrante noche,
prendí un cigarrillo,
resguardé mis manos
entre las páginas gastadas
de un libro *beat*, de Kerouac,
y me escapé de la vida, de la única
que conocía.
Deambulé de provincia en provincia,
de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo.
Me trataron bien y mal;

nunca más o menos.

Para mí, todas las personas
se escondían o escapaban de algo.

Como yo.

Escuchaba las voces duras
y los gritos blandos, casi apagados.

Trabajé y mendigué;
todo al mismo tiempo,

al mismo pisar.

Cuando me preguntaban de dónde venía,
si tenía familia, novia, hijos,
yo respondía siempre de la misma manera,
y los curiosos se sorprendían

porque mis palabras
les tocaban algunas
 fibras íntimas, sensibles,
ocultas o, tal vez, ya sepultadas,
cuando les decía que aún
los estaba buscando
y que iba hacia ellos,
 hacia su encuentro.

Como todos los que estamos
acostumbrados a perder
y a aceptar las reglas,
idénticas en las épocas,
en los plagios de la historia,
que cuando uno muere,
 alguien llora;
que cuando uno habla...

Y así, en lo sucesivo,
viví para ganarme el respeto
y labrar mi propia humildad.
El misterio era grande,
 amplio,
 inmenso.

A veces, me topo

de una derrota.

En el fondo, por allá,
donde no llega la luz
ni de mil reflectores
existe algo que no sé bien
cómo explicarlo,
y que nos hace sentir
que lo soportado
tiene una resistencia grande,
enorme,

inmensa;

a pesar de la siempre
y hasta honrada miseria
que nos tapa y nos pone
a compartir el puchero,
las sobras del puchero

de una olla oxidada...

Muchas tardes lejanas y ciegas
me resigné a comer sin cubiertos,
aunque los tuviera a mi alcance.

Ahora, indefinido,
la barba me llega al pecho,
las heridas de los años

cuidan recelosas
de sus costras y las cicatrices
exhiben los hilos que les cuelgan,
que les sobran de las costuras.

II

Ayer terminé la cosecha de ciruelas.
Me pagaron con techo y alimento.
Un baquiano, piadoso, en su 4x4
me tiró unos pesos
para que me emborrachara,
para que me pusiera
bien en pedo.

Lo hice. Es decir: le hice caso.

Necesitaba recordar
lo que olvidaba.

Una damajuana de tinto
para mí fue más que suficiente.

La tarde lejana y ciega
cedió su espacio a la noche

negra y estrellada,
y yo sobre el cordón, equilibrista
como mi hermana mayor,

de un camión cisterna.
Me quedé quieto,
como si tuviera la facilidad
de una tortuga
para esconderse del peligro.
Mi caparazón eran los yuyos altos.
Me asusté. Claro que me asusté,
pero no hice nada,
igual a los amantes que juegan
a atarse,
a desangrarse,
a despellejarse.
Tampoco sé si es la metáfora correcta.
Yo fui poeta, malo. Muy mal poeta
hasta que de un segundo para otro
abandoné la escritura,
me vestí de linyera,
de personaje literario
y salí a la vida;
para que ésta me recorriera.
Cuando me alejé de los libros
perdí todo y lo único que tenía,
que me pertenecía,

que era mío.

Pero bueno. Parecía tarde
para arrepentirse;

pero no tanto.

Así, expuesto, aprendí
que una monarquía

sólo necesita reyes;

rey y reina.

El pueblo, si quiere,
es importante por sí solo.

Pero los reyes no.

Ellos buscan adulación.

A veces, el respeto

tampoco les importa.

Por ejemplo: yo soy un rey
que escribió poesía, mala poesía,
se vistió de linyera y,

obviamente,

nadie respeta.

Pero soy rey

de mi propia corona que,
a la vez, son mis ojos
con los que contemplo

la belleza de una existencia
inapropiada.

Como la de los pibes de la moto.
El camión cisterna apagó las luces,
hizo marcha atrás,
se acomodó sobre el asfalto
y se fue a las chapas, rajando,
con dos cadáveres en la conciencia.

La noche estuvo tranquila,
aunque yo desconfiaba
de lo que podían esconder
los yuyos altos.

Me dormí pensando
en el loco que caminó
de Rosario a Luján
por la ruta 9.

Me dio pena; mucha.

Pobre tipo:

la esposa,

la hija

y la locura;

repentina.

Le dije que me esperara,

que ya volvía,
y me fui a pedir unas sobras
cerca del árbol frondoso
donde lo conocí,
donde lo encontré delirando.
Regresé contento:
traía algunos pedazos
de sanguches mordidos,
papas y ensalada;
todo para compartir.

Pero me frené.
De impotencia me frené.
Desmoronado vi
cómo el impiadoso
cura de la Basílica
le señalaba a la policía
con su dedo índice
flaco, huesudo, pálido,
que ese era el tipo que buscaban.
Me dio pena; mucha.
Lo esposaron y lo subieron
en la caja del patrullero,
boca abajo.

Me pareció exagerado.
Pobre. Váyase a saber
qué hizo para protestarle a Dios.
No parecía un loco
que hiciera berrinches.
Y así anduve, con mi monarquía
auestas
hasta que me acomodé
detrás de una garita
y pasaron rasantes los pibes
hasta estrellarse contra
el camión cisterna.
Contra la trompa
del camión cisterna.
Después, me quedé dormido.
Amaneció.
Miré las sombras desparramadas
de los dos cuerpos:
eran caviar para la muerte
y podredumbre para el sol.
Pero bueno. Son decisiones.
Al rato,
me digné a partir

malas poesías.
Pero no. No era yo el indicado.
Me fui para el otro lado,
aunque sobre la ruta
nunca se sabe cuál puede ser
el otro lado.

Ya sereno, pensé
que el suicidio
era una estrategia indefinida,
que definía una posibilidad.
Entonces,
¿para qué más?

Eso de pudrirse por separado
se los dejo a aquellos
que le tienen miedo al Amor.
Además,

vos y yo aprendimos muy bien
que el miedo es otra cosa.

Sabemos que los gustos se descubren
y que los errores se perfeccionan,
por ejemplo.

Cuando el río se desborde
nos vamos a reír a carcajadas,
o vamos a llorar como dos inocentes
abajo

del
agua.

Tan tonto y miserable a la vez.

El olvido nunca debería ser
una caricia fallida.

De todas las veces que nos imaginamos,
esta parece la más creíble.

Te puedo extrañar al cruzarte
y vos también podés extrañarme,
si me cruzás.

Me hubiese gustado quedarme
para siempre
en el primer recuerdo de vos,
que fuiste el último.
Podría estar minutos, horas,
días, años, eternidades completas
buscándote para pudrirnos juntos.
Debo confesarte
que ya no me simpatiza
esta soledad desquiciada
y sonámbula.
Divago en mi memoria
tratando de acercarme
a tus invisibles pasos,
borrados por el viento
o por las patas
de los perros
callejeros.
Sé que odiabas a todos los poetas
por pereza, por fragilidad.
Pero también sé
que aún hoy tu respiración
extraña algunos de los suspiros

que tanto actuábamos.

Una humillante apreciación
de un perdido
que se cree escritor,
como yo.

Ni más, ni menos también.

Y si leyeras este mediocre
intento de poema
sabrías, mejor que nadie,
quién es el Autor;
y no haría falta,
dentro de la infaltable falta que nos rodea,
explicarte que en estos renglones
hablo de mí,

para vos.

Además, que yo sea el que escriba
no me hace dueño de estas palabras.

De todo lo que experimentamos
nada fue tan penoso

como nosotros dos.

Destruimos lo ya destruido:
contagiamos caos por armonía
y risas desesperadas por silencios.

Es desaconsejable pensar
que tu fantasía,
tanto como la mía,
puedan extrañarse.

La verdad
siempre
le pertenece
a los demás.

Así, intuyo que el mismísimo diablo
sacará a sus notables del infierno
y te obligará a memorizar estos versos.

Ya lo dijimos una vez,
una vez donde el camino
que andábamos
se deshilachaba, imitando
la rasgadura de una tela vieja.
Tristes, éramos o fuimos
el eco de los que no tienen,
de los que hurgan en la basura
hasta dar con un pedazo masticado
de algo para comer,
para convidarse,
para calmarse.

Aunque el fin sea el principio,
esto siempre se trató
de pudrirnos juntos.
Si no, ¿por qué nos elegimos
allá atrás,
a lo lejos,
hace tanto tiempo?

CUANDO LA SOMBRA TAMBIÉN SANGRA

No soporto la necesidad
de moverme en el tiempo.
Parece contradictorio creer
que todavía estoy vivo,
sólo porque inhalo
algo más que cocaína barata
y exhalo
algo más que aire contaminado.
La cuestión siempre fue sencilla:
un tirante, en un galpón desierto,
en un otoño provisto de penumbra,
lluvioso, enredado, fértil,
con una soga apretando,
con una soga
colgando y apretando mi cuello
como sostén,
como peso vertical,
y, lo de mayor importancia,
mi existencia cayendo

al otro lado de los vicios,
de vos,
de las resacas,
del insomnio
y del apuro que predica
esta sociedad que decae día a día
en su propia anemia.
Este poema corresponde a una verdad.
Mi verdad, mi única verdad,
donde me maté por débil,
por acobardado,
por simbolizar
lo opuesto a mí mismo.
Las palabras no fallan.
Fallan las personas
que comprenden poco
o nada
de lo que hay detrás
de todas las oscuridades
que se sepultan.
Hubo un principio, una vez
que descubrí la metáfora
que me trajo hasta aquí

y sonreí muy feliz,
mientras el olor a humedad
se pegaba en el reverso

de mis lágrimas.

Qué inocencia notable
haber corrido descalzo tras las palomas
en el barro manchado de pobreza,
de haber perseguido a las mariposas
en el pasto tapado de mierda,
de haber naufragado tras lo inalcanzable
en todas las estaciones de mis pérdidas.

Digan lo que digan
y juzguen lo que juzguen,
nadie, en absoluto, puede jactarse
de libre,

de salvado,

de intocable,
si tarda demasiado en volver
al filo de su niñez,
al enigmático,
a ese enigmático pasadizo

de su vieja inocencia...

Todo valía, hasta
el más nimio de los gestos.
Algunos aprendimos a reír los golpes
y otros,
 se acostumbraron a llorar las caricias.
Una dualidad, entre muchas.
Como el niño que abre la boca
y acusa sincericidios,
 descarnados.
O cuando un adulto abre la boca
y arriesga sus ideas con temor,
porque ya no aguanta el fracaso,
 la soledad,
ni mucho menos el abandono.
Y es entonces cuando aprendemos
que su mirada trasluce
impotencia y tristeza,
y aunque no se ahorque,
termina suicidado de algún modo,
sin ninguna tregua que lo acompañe
en su inevitable despedida.

En los lugares comunes
que visitamos,
el olvido nos condecora
diciéndonos que:
no somos nada
en un mundo de nadie.

Se terminó de imprimir en algún momento
de la historia en el taller de
Ediciones Frenéticxs Danzantes